

PERSONALISMO COMUNITARIO Y TRANSFORMACIÓN SOCIAL EN EL PENSAMIENTO DE EMMANUEL MOUNIER

Frank Contreras*

Resumen

Se desarrolla en este ensayo una aproximación a la doctrina ético-política de Emmanuel Mounier propuesta como proyecto de transformación social, cuyas bases podrían fundarse en la revisión y depuración de cuatro pilares básicos para la existencia humana, como son la educación, el trabajo, la propiedad privada y la paz.

Palabras clave: existencia humana, persona, individuo, educación, trabajo, propiedad privada, propiedad comunitaria.

COMMUNITARIAN PERSONALISM AND SOCIAL TRANSFORMATION IN EMMANUEL MOUNIER'S THINKING

Abstract

An approach to the ethical and political doctrine of Emmanuel Mounier as a project of social transformation is developed in this paper, where we propose to consider the review and clearance of four basic pillars for human existence, such as education, work, private property and peace as the foundation of this project.

Key words: Human Existence, Person, Individual, Education, Labor, Private Property, Communitarian Property.

* Licenciado en Filosofía. Magister Scientiae en Filosofía. Egresado de la Maestría en Filosofía. Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad de Los Andes. Mérida-Venezuela. Correo: frankelviscontrerasvarela@yahoo.com

El pensamiento de Emmanuel Mounier es una filosofía de la existencia humana donde están presentes todos sus componentes, el ser, la persona, la familia, la comunidad, la sociedad, el arte, el trabajo, el capital, la propiedad, el Estado, etc., desplegados desde una visión ética y estética, que pese a estar examinados desde una circunstancia histórica concreta no dejan por ello de tener universalidad y actualidad. En este sentido, la doctrina de Mounier ha de ser comprendida dentro de un contexto histórico excepcional, convulsionado, signado por la exaltación de los nacionalismos, la violencia, la confusión y la desesperanza, denominado ya en su época como “crisis de civilización”; período comprendido entre las dos Guerras Mundiales que es el que le toca vivir a Mounier, nacido en 1905 y fallecido en 1950. Es por tanto una filosofía enfocada, principalmente, en la existencia humana y en la situación del hombre en una circunstancia histórica determinada, que no solo la diagnostica sino que aporta unas “técnicas espirituales”, a nuestro modo de ver, de validez general. Entre ellas, serán la *educación* y el desarrollo de una visión estética del mundo las que estarían en la base de la construcción de una nueva civilización, que es lo que él propone desde su idea de “hacer de nuevo el Renacimiento”.

En cuanto a la circunstancia histórica concreta de un pensamiento filosófico, destacamos aquí lo que al respecto señala el profesor Miguel Montoya Salas, que: «... los grandes pensadores de la humanidad han desarrollado su pensamiento en un contexto histórico determinado y sus formulaciones, afirmaciones y revisiones, por lo general, se corresponden con la época»¹. En este sentido, la obra de Mounier está impregnada de su tiempo y sus categorías lingüísticas respectivas, pero dentro de todo esto se halla una doctrina claramente delineada y estructurada, con vigencia y actualidad, desde la cual se pueden extraer luces para la comprensión de nuestra situación actual.

El pensamiento de Emmanuel Mounier ha sido conocido como “personalismo comunitario”. Esta doctrina ético-política diferencia la *persona* del *individuo* y coloca a la persona y sus relaciones de solidaridad con los demás como centro de interés en todos los ámbitos de la vida. Él la presenta como un nuevo humanismo diferenciado de otras corrientes personalistas. En su libro *Revolución personalista y comunitaria* afirma que «las posiciones que aquí defiendo son de inspiración cristiana» (RPC., p.248), pero no es una teología del cristianismo lo que encontramos en su obra sino un pensamiento sobre el hombre en el mundo.

¹ Montoya Salas, Miguel. *La filosofía en torno a la historia*. ULA, Mérida, 2008.

Su método es el de ‘liberar verdades’ donde estas se hallen. En consecuencia, dice la palabra necesaria e incómoda donde hay que decirla y no donde ocasionaría el aplauso; a veces mordaz y severo si se trataba de demoler barreras interpuestas a los puntos neurálgicos de las verdades que se proponía liberar. Ese sería su método: “liberar verdades” donde éstas estuviesen, aún a costa de atraerse enemistades, persecución y censura, incluso dentro de ciertas clerecías del catolicismo². Por ello «nada lo indignaba más que las discusiones que flotaban en la superficie» o se mantenían en la periferia. Es su espíritu de hombre libre y profundo que ha sabido sacudirse el yugo de las ideologías y las modas filosóficas; es su originalidad y precisa concordancia entre pensamiento y acción, cuyo principal testimonio fue su propia vida, lo que nos convoca a emprender esta investigación aún más allá de la simple curiosidad intelectual. Es, pues, su pensamiento lúcido, honesto y edificante lo que nos mueve a buscar en el corazón de su doctrina el discernimiento y el libre examen de nuestras propias debilidades y creencias. Creencias muchas de ellas tan nocivas que su cultivo ha sumido a nuestro país en un caos, en una borrachera ideológica, en un agotamiento espiritual.

El personalismo de Mounier no es solamente una propuesta de humanización del hombre y de la vida para el hombre, sino una crítica severa a la sociedad de su tiempo, vista ya por muchos, en ese momento, como una sociedad decadente, cuyo declive habría comenzado, en su criterio, desde el mismo momento en que el Renacimiento, tan prometedor en sus inicios, fue derivando en un individualismo inhumano, que acarrearía como consecuencia un capitalismo depredador, lo que hoy en día conocemos como “capitalismo salvaje”, pues Mounier no se pronuncia propiamente en contra del capitalismo propiamente dicho, sino de sus consecuencias deshumanizadoras y por eso habla del capitalismo como algo que hay que “enderezar y rectificar”; igual que la democracia, que la concibe más como *un porvenir por realizar que una adquisición por defender*. Naturalmente se refiere a la democracia de su tiempo, porque actualmente la democracia, por lo menos formalmente, está razonablemente establecida en leyes y tratados internacionales, y caracterizada por el ‘estado de derecho’, que descansa sobre la base de la separación de los poderes públicos y el reconocimiento y respeto a los derechos humanos³.

² Es importante destacar que Mounier, pese a que no hacía mucho alarde de su fe, era sin embargo un católico convencido, pero estas posiciones suyas darían pie para que algunos comentaristas se refirieran a él como un católico *raro*.

³ Cf. Belandria, Margarita. Venezuela y su Estado de Derecho. *Revista Dikaiosyne* N°. 22. ULA. Mérida, Venezuela, 2009.

Ese individualismo y ese capitalismo, del que nos habla Mounier, por sus enormes injusticias, serían también causa, tal vez indirecta, de las dictaduras fascistas, en sus variantes del comunismo marxista, nazismo y el fascismo propiamente dicho (el italiano), de los cuales, antes de que se conocieran sus horrores, ya Mounier había penetrado en sus entrañas para denunciarlos con firmeza y alertar sobre sus nefastas consecuencias. Unas pequeñas élites burguesas todopoderosas, dueñas de todo pero especialmente del capital y del trabajo, habrían generado grandes masas de hombres paupérrimos, sometidos, humillados, expoliados, y en esa dinámica se habría convertido el hombre en un ser miserable, íngrimo en su individual soledad y, despojado de su dignidad y su espiritualidad, se convertiría en un resentido sediento de justicia, que, en medio de su deprimida tosquedad, creía hallar esa justicia en un mesías, un salvador, que le diera protección y abrigo, que lo hiciera vibrar en una pasión portadora de razones para vivir su existencia. De allí saldrían las masas enardecidas, de hombres dispuestos a dejar de ser ellos mismos para entregarse a un fervor colectivo que un Jefe o un Partido les habrían de proporcionar. Por ello, individualismo y colectivismo serán puntos centrales de reflexión y examen en la doctrina de Mounier. Ambos impiden el afloramiento de la *persona* que hay en el hombre, ambos lo mantienen prisionero de sus meras pasiones, y especialmente el colectivismo lo convierte en un malhechor, en un cómplice de las atrocidades que su régimen emprenda contra el otro que esté fuera de ese delirio. Supo así Mounier examinar con agudeza la época en la que vivió, y denunciar, sin concesiones, sus fallas, sus equivocaciones y sus yerros, los cuales imputa más que a la maldad de los hombres a su ignorancia. Por ello consideraba inaplazable educar a la persona para el inicio de una civilización más humana.

Mounier tiene clara conciencia del drama humano, de que hemos caído en un mundo que no hemos elegido. Pero también sabe que, en medio de esa trágica realidad, algunas cosas están al alcance de nuestras manos. El determinismo absoluto que rige las fuerzas de la Naturaleza no rige de manera tan absoluta la parte espiritual del hombre. En el espíritu humano hay voluntad y posibilidad de elección. Un conocimiento de sí mismo, al estilo socrático, sería el punto de partida, pues el conocimiento de sí mismo implica necesariamente el reconocimiento del otro. El hombre no está solo en el mundo. Está inmerso en una familia, en una comunidad, en una sociedad, en un Estado. Eso es un fáctum del que no puede escapar.

En su obra *Revolución personalista y comunitaria* afirma Mounier que aquellos que esperan de su obra unas “soluciones concretas”, quedarán decepcionados (p.251).

«El antiguo llamado socrático, siempre actual, es nuestra voz de alerta»⁴. Pues esta *revolución espiritual* es de compromiso y acción, pero es la *acción* eficaz, aquella que ha de ser emprendida una vez develadas las verdades que son comunes a todos, mediante el esfuerzo personal, mediante el conocimiento y la reflexión. Ella no viene de “arriba”, impuesta por alguien, por un partido, por un salvador. Ella ha de surgir de las propias fuerzas de nuestro espíritu y del compromiso personal con la comunidad, pues la comunidad es una *persona de personas*. «Lo espiritual nuestro es presencia y responsabilidad» (p.251).

Nosotros decimos *primacía de lo espiritual* —afirma Mounier— pero:

« a) *el espíritu no se reduce a la exaltación de las energías vitales*: raza, fuerza, juventud, disciplina, exaltación nacional, éxito (...) hacer de ellas los valores supremos, como el falso espiritualismo fascista, no es más que desviar el impulso espiritual a las formas más toscas y más peligrosas; b) *el espíritu no se reduce a la cultura* (...) la cultura está encarnada en una clase, un tiempo, una nación (hay una cultura de 1900, etc.) y arrastra así multitud de impurezas; c) *el espíritu no se reduce a la libertad*. La libertad de elegir su destino y los medios de realizarlo, contra todas las dictaduras espirituales, es una conquista fundamental del hombre» (Ib., p.247).

La libertad es, pues, una conquista del hombre. Pero esa libertad no puede ser tal que vaya en contra de sí misma. Esa libertad no defiende una libertad «que se destruye por su propio uso» (ídem). «Es la persona quien se hace libre, después de haber elegido ser libre. En ninguna parte encuentra la libertad dada y constituida. Nada en el mundo le asegura que ella es libre si no penetra audazmente en la experiencia de la libertad»⁵.

Sin embargo, Mounier ofrece unos *principios de acción*, porque no basta con comprender sino que además es preciso *hacer*. Pero hacer no es lo mismo que *agitarse* porque el tiempo apremia, porque la catástrofe ya viene, porque viene este mes, este año. Si pensamos en eso, lo cierto es que el tiempo siempre apremia todo el tiempo. De modo que la cuestión sería poner manos a la obra, ya. «Asumir

⁴ Mounier. *Qué es el personalismo*, p.115.

⁵ Mounier. *El personalismo*, p. 500 (citado por Antonio Cobo en *El concepto de reflexión en el joven Mounier*. Universidad de Granada, 2006).

el máximo de responsabilidad y transformar el máximo *de realidad* a la luz de las verdades que hayamos reconocido» (*Manif.*, p.732)⁶.

Ahora bien, no es que Mounier lo diga expresamente así, sino que, del complejo y denso entramado de su obra, a nuestro modo de ver, podríamos extraer que esos *principios de acción* estarían enfocados primeramente en el conocimiento de sí mismo (pues no por nada invoca el ‘imperativo socrático’), seguido de una visión poética del mundo y desde ella abordar ciertos aspectos básicos de la existencia humana, como el problema de la educación, el trabajo, la propiedad privada y la paz, como bases primarias sobre las que se levantaría la realización del personalismo comunitario. Y es lo que trataremos a continuación.

1. Visión estética del mundo

El interés de Mounier por la poesía y el arte en general puede apreciarse, explícitamente, en distintas partes de su obra. Considera que la realización del hombre «no consiste en hacer de él un monolito, sino una obra de arte»⁷, cuyo fin último es la meditación de la verdad y la contemplación de lo bello (*Manif.*, p. 659).

En su obra *Revolución personalista y comunitaria* (RPC) dedica un capítulo a la “rehabilitación del arte y del artista”⁸. El arte, que encierra en sí todas las facultades poéticas, es una capacidad de la naturaleza humana que hay que explorar y fortalecer. La esencia última del hombre es su alma espiritual. Si desarrolla plenamente su espiritualidad, «él puede fecundar al mundo con el perpetuo milagro de su creación». Falta por emprender, dice Mounier, esa inmensa obra de educación que tiene sus primeros comienzos en el hogar y en la escuela primaria. Pero lo que generalmente ocurre, es que casi desde la escuela materna, «en la enseñanza del dibujo» se mata para siempre al poeta que todo ser humano trae dentro de sí (RPC, p. 293). En

⁶ Según Ramón Alcoberro, catedrático de la Universidad de Girona, en *El personalismo* (Cap. “La Comunicación”) Mounier habría esbozado cinco medios de acción necesarios para que pueda llegar a desarrollarse una sociedad personalista y comunitaria: 1. *Salir de sí mismo*, luchando contra el egoísmo, hacia el encuentro con ‘el otro’. 2. *Comprender*, esto es, situarse en el punto de vista del otro y acogerlo en su diferencia. 3. *Tomar sobre sí mismo, asumir*, en el sentido de no sólo compadecer, sino de sufrir con el dolor, el destino, la pena, la alegría y la labor de los otros. 4. *Dar*; sin esperar reivindicación como en el individualismo pequeño burgués y sin lucha a muerte con el destino, como los existencialistas. 5. *Ser fiel*, considerando la vida como una aventura creadora, que exige fidelidad a la propia persona y al prójimo.

⁷ Mounier, *El afrontamiento cristiano*, Editorial Estela, Barcelona, 1962, p.19.

⁸ También en el *Manifiesto al servicio del personalismo*, dedica un capítulo a “la cultura de la persona”, en donde explora también el problema del arte y la cultura.

este texto anuncia de entrada que no pretende trazarle caminos al arte ni al artista, porque la inspiración es imprevisible, no espera el confort y puede extraer frutos de las peores condiciones externas, pero considera que esa situación «es hoy tan desesperada» que exige un cierto trabajo de asepsia y clarificación.

Juntamente con «la condición que el mundo moderno da al proletariado, no hay condición más miserable que la que impone al artista» (ídem). Ha creído el artista, durante mucho tiempo, poder jugar sin contradicción y sin perjuicio un doble juego: poner su arte al servicio de quienes pueden pagarlo y al mismo tiempo reivindicar una independencia total en nombre de la ‘filosofía oficial’ que ese mundo le ofrece: el individualismo. Capitalismo e individualismo han empujado al artista hacia la miseria, y al público hacia la indiferencia (ídem).

Los valores capitalistas, al conquistar al gran público, expulsan a la vez el arte y el gusto por la obra artística (RPC, p. 294). Olvidan que el hombre no está hecho para la utilidad sino para «la meditación de la verdad y la contemplación de lo bello» (*Manif.*, p. 659), en lo cual, a fin de cuentas, se resume todo lo valioso de la vida espiritual. La vida humana es una de las dimensiones esenciales de esta actividad desinteresada que es el arte. Todo hombre debería participar en ella, en gran parte de sí mismo y de su tiempo. Pero ¿cómo hacerlo? Las presiones económicas subyugan a las grandes mayorías bajo la angustia de encontrar el techo y el pan cotidiano. La carrera hacia la ganancia aturde a los demás en el vértigo del enriquecimiento (RPC, 294). Doble tiranía, la riqueza y la miseria. Ambas, trituradoras de los verdaderos esplendores del hombre. El menesteroso no piensa ya en las transformaciones de su alma, de su vida y del mundo; los demás se satisfacen con el decorado ante la vista, fácil y artificioso. El mal gusto cunde por doquier. Día a día «vemos escapar la libertad necesaria para la contemplación desinteresada de las danzas divinas del espíritu y la imaginación». Una visión cada vez más utilitaria oculta a los hombres los habituales tesoros de sus vidas y las cosas, además de ser doblemente hostil al arte: esteriliza o rechaza al artista, esteriliza y desinteresa el gusto del público por el arte. Quien permanece fiel a un arte independiente está casi fatalmente condenado a la miseria y a la soledad. En consecuencia, el artista se ve empujado forzosamente a ser un rebelde. Esto lo han comprendido algunos, que han extraído de la rebeldía todas sus posibilidades (RPC, 294-295).

Pero no se hace arte para el proletariado, o para la revolución como tampoco se hace arte para la burguesía. Se hace arte para el hombre, para todo lo que éste realiza por el camino de las verdaderas libertades del espíritu, contra todo lo que lo esclaviza o lo disminuye. Estando el hombre esclavizado, el arte no puede ser

libre, y el hombre está doblemente esclavizado: por el régimen y por su propia anarquía interior (idem).

Al *movimiento surrealista*, con los honores que le son debidos, «le hacemos el reproche principal de no haber salido, por falta de aliento y por descuido, de la rebeldía y de la anarquía, o, para los que se han entregado al partido de Moscú, de haberse precipitado a una nueva servidumbre». Sin embargo, continúa Mounier, los problemas que este movimiento ha planteado no han hallado su salida todavía, y concede, asimismo, que para las generaciones de la postguerra el surrealismo desempeñó ese papel saludable y esencialmente espiritual «de quemar con hierro candente los grumos apelmazados de la mediocridad y el conformismo, que son los peores enemigos del arte y de la vida interior» (Ib., 295).

Mounier se declara en contra de todo arte destinado voluntariamente a una minoría. Con ello no niega que pueda existir un arte superior que, al menos por un tiempo, no esté condenado a ser comprendido por un reducido número de personas, bien porque el público está envilecido o bien porque el artista crea para sí una obra cuya comprensión precise de un nuevo lenguaje. El arte se crea para la universalidad de los hombres. Quien trabaja para una minoría se coloca exactamente en la misma situación de quien lo hace para una mayoría: ambos someten la creación a servidumbres externas, y así el genio traiciona su naturaleza esencial. Todo el problema se trasladaría entonces a la educación, y a la organización de un público ‘artístico’. Sin coacción, habría que formarle el gusto poniendo a su alcance los medios que le posibiliten interesarse en una vida poética. Después habría que asegurar ese encuentro del público con el artista, más allá de lugares artificiales como galerías, museos, salas de conciertos, etc. Considera Mounier necesario que el arte vuelva a estar mezclado en la vida de cada uno y de cada día. Cuando por todas partes se despierte ese tipo de público, entonces el artista no estará ya a merced del hombre de gusto y del rico, ni del Estado, «porque toda protección que viene desde arriba es también una amenaza para el arte». Ya hemos conocido formas radicales de esta servidumbre, dice: «la ortodoxia de Estado, que doblega directa o indirectamente todas las actividades culturales, como en la Alemania nazi o en la Rusia comunista» (*Manifiesto*, p.661).

Pero Mounier no está pensando en una educación exclusiva para el arte y el artista, sino en la *educación* en general; una educación que no impida el afloramiento del ser espiritual, creativo y poético que hay en cada persona.

2. Educación

La realización de una sociedad personalista y comunitaria tiene como sustento primordial la educación de la persona. Una educación que le permita desplegar libremente su propia vocación, sus habilidades y aptitudes y la deje “hacerse a sí misma”. Por ello en el *Manifiesto al servicio del personalismo*⁹, Mounier dedica un capítulo a la educación de la persona, y expone los tres grandes lineamientos que se han de tener en cuenta:

La educación no tiene por finalidad condicionar al niño al conformismo de un medio social o de una doctrina de Estado.

La educación fundada sobre la persona no puede ser totalitaria, extrínseca y coercitiva.

El Estado no tiene derecho a imponer monopolísticamente una doctrina ni una educación.

La educación, afirma el autor, tiene como misión despertar personas capaces de vivir y de comprometerse como personas, «no tiene como función rectora hacer unos ciudadanos conscientes, unos buenos patriotas o pequeños fascistas, o pequeños comunistas o pequeños mundanos»¹⁰.

«Nos oponemos por tanto a cualquier régimen totalitario de escuela que, en lugar de preparar progresivamente a la persona para usar de su libertad y de sus responsabilidades, la esteriliza en el inicio doblegando al niño al triste hábito de pensar por delegación, de actuar por consignas, y de no tener otra ambición que la de estar situado, tranquilo y considerado en un mundo satisfecho»¹¹.

Piensa, asimismo, que la preparación profesional y la formación técnica no deberían constituir el único móvil de la obra educativa, pues no se educa a nadie para que sea tal cosa, ingeniero o abogado o médico. Se educa para que esté en capacidad de discernir su vocación y elegir con libertad la profesión u ocupación, sin la cual la existencia en este mundo le podría resultar más dura y penosa.

⁹ Mounier. *Obras Completas*. Tomo I, p. 653-657

¹⁰ *Ibidem*, p. 563.

¹¹ *Ibid.*, p.653.

La escuela, desde la primaria, tiene como función enseñar a vivir, y no acumular unos conocimientos o ciertas habilidades habidas mediante «una instrucción impersonal suministrada en forma de verdades codificables». Sin embargo, ha de ser realizada en un ambiente de *libertad bajo condiciones*, dado que la persona que está en su proceso de realización se halla todavía en medio de limitaciones que restringen su libertad, y esto ha de ser tomado en cuenta.

Se trata, por tanto, de una pedagogía que interese el hombre en su totalidad y en toda su actitud de vida, por lo que no se puede concebir una educación neutra pero tampoco imbuida dentro de ningún sistema ideológico.

Para la construcción del personalismo comunitario, la educación debe preparar el terreno. Por ello piensa que:

«La educación, demasiado constreñida hoy a la distribución superficial del saber y a la consolidación de las divisiones sociales o de los valores de un mundo agonizante, debe romper sus cuadros muertos para elaborar una formación del hombre total, igualmente abierta para todos, dejando a cada uno libre en sus perspectivas últimas, pero preparando la ciudad común de hombres equilibrados, fraternalmente preparados para la tarea del hombre».¹²

Para Mounier esa sociedad de equilibrio exige un deslastramiento de prejuicios, miedos y temores. Hay en general y especialmente en la conciencia cristiana un gusto excesivo por la culpabilidad, y la experiencia demuestra cuán nocivo y debilitador es el sentimiento de culpa¹³. Es de primer orden una educación sexual felizmente orientada. Pero en este aspecto a los adolescentes se les aplica casi siempre «una inyección masiva de ‘moralina’», y en esta táctica moralista lo primero es el sometimiento del instinto y la lucha contra las pasiones. Se traza un círculo de silencio respecto a las cosas del sexo. En su mayoría, los adolescentes y jóvenes, de la mujer no saben más que “el grave peligro para un hombre” al acercarse a ellas.

Puesto que de todo esto resulta una represión perniciosa que origina muchos desórdenes espirituales y sociales, Mounier sostiene que una condición esencial del equilibrio sexual adulto y de su misma potencia espiritual es la aceptación, tan pronto como sea posible que de su sexo haga el niño. El disimulo en materia de educación sexual ha de ser descartado. La experiencia y la clínica han probado

¹² Mounier. *Qué es el personalismo*, p. 178.

¹³ Cf. Mounier, *El afrontamiento cristiano*, p. 64.

suficientemente su carácter nocivo en lo que respecta a la curiosidad infantil por la reproducción y la sexualidad en general. Al reprimir las cuestiones que el niño plantea y rodearlas de una atmósfera misteriosa o aterradora se desarrolla en él un núcleo de culpabilidad confusa, que le atormenta cada vez más en la medida que se hunde en el secreto, al tiempo que establece una secesión psíquica que les hace ineptos ante la realidad¹⁴.

Justamente porque el ser humano debe educarse para esa tarea, para trascender su individualidad y llegar a ser *persona*, en su *Manifiesto al servicio del personalismo* (p. 643 ss.) dedica un capítulo a la reflexión sobre el problema de la *condición femenina*¹⁵, en el cual saca al descubierto su opresión en todas las condiciones sociales, de la que no escapa ni la alta burguesía. «La mujer es el verdadero *proletariado*, el más oprimido y numeroso que todavía sigue fuera de la historia». Pese a las brillantes apariencias, se ha descargado sobre ella una *falsa feminidad*; así «el eterno femenino», «los oficios propios de su sexo», temas salidos del egoísmo masculino y de la ignorancia. Han sido situadas en la sumisión, por debajo de la persona, en un destino de vencidas. Su mundo le ha sido poblado de misterios, de prejuicios, de temores, de veladas o abiertas prohibiciones. «Durante milenios ha sido apartada de la vida pública, de la creación intelectual, y muy a menudo simplemente de la vida» y arrojada a la oscuridad, a la timidez, a su propio y paralizador sentimiento de inferioridad. De modo que una mentalidad que dificulta la expresión de los tesoros del universo femenino despoja a la comunidad humana de un patrimonio de energía que podría transformar profundamente a dicha comunidad haciéndola menos fría, violenta y egoísta (*ídem*)¹⁶. Después de siglos de relegación, sostiene:

«¿Cómo discernir lo que es naturaleza, lo que es artificio, represión o desviación por la historia? (...)Y en este caos de destinos derrumbados, de vidas paralizadas, de fuerzas perdidas, la más rica reserva de la humanidad, sin duda, una reserva de amor para hacer

¹⁴ Cf. *Ibíd.*, pp. 62-68

¹⁵ Había sido publicado el editorial de *Esprit* “La femme aussi est une personne” (de 1936)

¹⁶ Según Bombaci, este artículo de Mounier sobre la cuestión femenina aparece en un momento como lo más alejado de los temas políticos candentes que separan y dividen a unos y otros, y a lo que la gran prensa no concede importancia. Pese a que Mounier había mandado cuestionarios sobre el tema a algunas personalidades y a los periódicos no consiguió respuestas porque la atención estaba puesta en otra parte.

saltar en pedazos la ciudad de los hombres, la ciudad dura, egoísta, avara y mentirosa de los hombres» (*Manif.*, p.644).

De modo que es por medio de la educación, así concebida, que el ser humano hallará las maneras de tratar con un mundo que él no ha creado, pues como afirma en su obra *Qué es el personalismo* «estamos embarcados en un cuerpo, en una familia, en un medio, en una clase, en una patria, en una época que no hemos elegido» (p. 41). Y en adición a ello, en este mundo dramático hemos de encontrar con lo inevitable: *el trabajo*. De ahí el éxito, dice Mounier, de ciertas tendencias existencialistas que declaran el absurdo del mundo y «describen al hombre como un solitario maldito por los cuatro costado, cuya sola grandeza es aceptar con duro coraje un universo que nada tiene para preguntarle, nada para decirle» (*Ib.*, p. 40). Aunque él no comparte este nihilismo, le reconoce sin embargo la capacidad de hacernos patente el fondo trágico de la existencia humana.

3. El Trabajo

El trabajo —según Mounier— no es, por su naturaleza, toda la vida ni lo esencial de la vida del hombre. En *Revolución personalista y comunitaria*, distingue el *trabajo* de la *actividad* en general y de la *creación* (RPC., p.317). Ésta última, la *creación*, es la que considera como la forma más propiamente espiritual. Trabajo y creación son dos formas de la *actividad*. La actividad vendría a ser la realización de la persona en el tejido continuo de su vida. La actividad sería entonces lo que el hombre no puede dejar de hacer, porque dejaría de ser. Ella está siempre compuesta de pensamiento y acción. Lo contrario de la actividad es el *ocio*, pues éste es la cesación u omisión de toda actividad y por ello va contra la naturaleza humana, que es en esencia ‘actividad’, de donde, hablar de “ocio creativo” sería para Mounier una incongruencia. Lo contrario del trabajo es el *descanso*. El verdadero descanso es una actividad plena, más esencial al hombre que el trabajo mismo.

El *trabajo* es un ejercicio particular de la *actividad* aplicado a la producción de una obra útil, material o inmaterial, en sí mismo fatigante y en consecuencia generador de cansancio, pues es siempre impuesto: vocaciones forzadas, constreñimientos sociales o, simplemente, la necesidad de vivir. La fatiga aumenta con la dureza del esfuerzo, y la repetición del mismo trabajo comporta, a la larga, un automatismo y, por tanto, monotonía y más fatiga que desapega rápidamente al trabajador del interés que él pudiese poner en su realización. Esto se agrava más aún si el trabajo es realizado en condiciones inhumanas (RPC., p.318), que es lo que con

regularidad acontece. Pero en condiciones normales la creatividad de la persona, «su luz y poesía», podría hacer si no más alegre sí menos penoso su trabajo. He ahí la importancia de que la persona desarrolle un sentido del humor¹⁷ y un sentido estético de la vida, en lo que Mounier insiste frecuentemente. Fuera del trabajo propiamente dicho, lo demás sería actividad y creación, no necesariamente de una obra de arte, sino del arte en la obra.

Puesto que la razón principal del trabajo es la necesidad de vivir, y todos los seres humanos estamos subordinados a esa ley, Mounier propone unas condiciones básicas a fin de que éste no constituya un medio de disminución o anulación de la persona haciéndole más penosa y miserable su existencia, sino que, contrariamente, pueda incluso convertirse en un valor que contribuya a disciplinar y enaltecer el espíritu. Para lo cual sería imprescindible una rigurosa orientación vocacional desde la infancia, a fin de que cada persona pueda trabajar en lo que le guste, de manera que las «ocupaciones no se conviertan en preocupaciones». Asimismo: a) Un trabajo mediante el cual el hombre no se automatice realizando siempre lo mismo, sino que pueda participar, de ser el caso, en todo el proceso de elaboración del producto. b) Una jornada laboral corta y compensada con un exuberante descanso. c) Que el salario no se limite al *mínimo vital* sino que garantice la holgura necesaria para el desarrollo de la persona de tal manera que le posibilite una vida plenamente humana.

Una vida plenamente humana sería la que se lleva en la sencillez, en la pobreza, que no es miseria. «La pobreza no es necesariamente la estrechez de vida» ni tampoco ascetismo (RPC., p.525), es magnificencia; no profusión y acumulación de cosas. El hombre espiritual ha de poder establecer su pobreza por encima de todas las condiciones, y si ha conquistado una pobreza desde su espiritualidad, es decir, una pobreza verdaderamente espiritual, «sabrás, cuando haga falta, dar paso a la generosidad que brota del corazón como el brusco arranque de un vuelo de pájaro» (ídem). Ese día, entonces, habrá aprendido «los esplendores de la pobreza (...) la pobreza se ha revelado para que él tenga la vida abundante y sobreabundante» (Ib., p.524). Pero la pobreza no tiene un valor en sí, sólo lo tiene en el despojamiento voluntario de *lo superfluo* que libera a la persona para más altos destinos. Lo superfluo pertenece al bien común. En este punto, el problema del *trabajo* se entronca con el problema de la *propiedad*, ambos inseparables, pues en el personalismo comunitario la propiedad privada está condicionada por el trabajo real de la persona.

¹⁷ Ante la gente sin sentido del humor, Mounier se refería al «horroroso espíritu de los serios» (Bombaci, p. 11).

4. Propiedad privada y propiedad personal-comunitaria

La concepción del personalismo comunitario sobre la propiedad privada la expone principalmente en su libro *De la propiedad capitalista a la propiedad humana*¹⁸. El problema de la *propiedad* antes que ser un problema de bienes por repartir es el problema de una situación humana: «más un problema del propietario que un problema de las propiedades» (op.cit., p.505). Y añade ahí mismo: «Vosotros queréis dar unas cosas a los hombres. Aún falta que ellos las sientan como bienes y que sepan lo que harán con ellas. En primer lugar preguntémosnos *¿por qué se posee?*, *¿qué es la posesión?* Sólo entonces nos preocuparemos por saber *cómo* reajustar el régimen de los bienes». Y señala que hay que estudiar primero el problema espiritual de la apropiación. El estudio de la condición de los bienes tiene que estar junto con el de la condición del hombre:

«Existe una teoría cristiana de la propiedad. Es vigorosa, excesivamente desconocida muy particularmente para la media de los cristianos. Precisamente porque los intereses económicos intentan a veces cubrirse con ella, la convertiremos en estructura de este estudio, esperando analizar el problema por vías lo suficientemente directas como para abrir entre cristianos y no cristianos una conversación que las páginas que siguen no cerrarán, sino que anhelan abrir» (Ibíd., p. 506).

A partir de ahí, Mounier se adentra en un tejido de profundas disquisiciones en torno la posesión que lo llevan a plantear un conjunto de inquietudes a las que él designa como *dramas*, que, a riesgo de hacer aquí una superficial simplificación, podemos pergeñar en lo siguiente:

1. La posesión está ebria de una exigencia de infinito, pronto le parece lúgubre toda riqueza que no se renueve.
2. La posesión tiende a la captación, pero queda insatisfecha tan pronto como se mantiene en el nivel de los primeros deseos, e inmediatamente echa de menos todo lo que se elimina al hacerse realidad. «Del mismo modo quisiera apoderarse del tiempo mediante alguna aprehensión viva y total, y siempre siente en sus actos la nostalgia del pasado, la muerte, la muerte del presente y la inseguridad del futuro». (Ib., p.509).

¹⁸ Mounier. *De la propiedad capitalista a la propiedad humana*, en Obras completas. Tomo I. Editorial Laia, Barcelona, 1974. Este ensayo apareció por primera vez en abril de 1934 en la revista *Esprit*.

3. Finalmente, la posesión es al mismo tiempo deseo de salir de uno mismo, de ser lo otro como tal, al mismo tiempo que de no perderse en ello.

Tales son, según él, las antinomias de la de la posesión. «Se plantean a todo el mundo, y en cada caso individual se resuelven por un equilibrio más o menos seguro o por un desequilibrio más o menos profundo entre las exigencias antagónicas» (Ibíd., p. 509).

Después, como él mismo lo señala, de haber perfilado una fenomenología y una espiritualidad de la posesión, habla del derecho de propiedad y de sus modalidades, y afirma que «existe un derecho general del hombre sobre la naturaleza que lo autoriza a usar de sus bienes con un fin (...) Este dominio del hombre se apoya materialmente en el derecho natural que cada orden de la naturaleza tiene sobre los órdenes inferiores (es decir, menos elevados en espiritualidad)» (Ibíd., p. 527). De ese modo, «el animal tiene derecho sobre su alimento». Pero en el hombre este derecho no deriva del poder despótico que el hombre tiene, «sino del poder político, libre, inteligente y voluntario que el hombre posee sobre sus potencias gobernables» (Ibíd., p. 528). De este dominio deriva toda posesión que un hombre puede ejercer, ya sobre un bien espiritual ya sobre bienes materiales. Así, el problema de la “propiedad privada” es planteado por la misma naturaleza de los bienes (Ibíd., p. 529). Pero la realidad primera es la *persona*, pues no es el “individuo” ni la “sociedad” quien tiene derecho de propiedad y de uso sobre los bienes materiales: «la realidad primera es la persona y en ella se enraíza toda función humana» (Ibíd., p. 530).

El problema de la propiedad privada está íntimamente conectado con los bienes necesarios al hombre para asegurarle una vida *realmente humana*. «Es necesario al hombre aquello sin lo cual no podría vivir» (Ib., p.519). Sí, pero hay distintas maneras de vivir, alega. ¿Un *necesario vital*, el mínimo indispensable para sostener su fuerza física? Pero el hombre no está hecho para mantenerse al nivel de la vida física como una bestia. Cada quien es un persona y tiene que desarrollarse como persona. Un mundo fundado en el *necesario vital* es un mundo fundado en una injusticia radical. Hay que agregar entonces al *necesario vital* el *necesario personal*, esto es, el mínimo necesario para la organización de una vida humana: educación, cultura, asueto, deporte, vida pública, vida familiar, vida interior (Ib., p. 520). Una cierta holgura es necesaria para el desarrollo de la espiritualidad humana. Así, por ejemplo, un pianista necesita un buen piano, de alta calidad, para dar valor a su interpretación. Y citando a Tomás de Aquino agrega que: «una cierta holgura es

necesaria para el desarrollo de la virtud» (Ib., p. 521). Además, hay que precisar el hecho de que la persona no está aislada sino inmersa en un mundo familiar donde por lo general tiene varios miembros a su cargo. Lo necesario entonces es lo que satisface las necesidades suyas y las de quienes están bajo su protección.

Para Mounier el derecho de propiedad se funda sobre ciertas condiciones: este derecho «es inseparable de la consideración de su uso, es decir, de su finalidad», y tiene una *doble función*, individual y social, «yo preferiría que se dijese personal y comunitaria» (pues lo individual es cosa de la reivindicación, lo social es cosa de la opresión). Asegurar esta doble función es la condición primera que ha de exigirse a todo régimen de bienes, cualesquiera sean los modos que las condiciones de tiempo y lugar le asignen (Ibíd., p. 531-532). «Así, se entremezclan, en el problema de la propiedad, un problema técnico de gestión y un problema moral de uso. La pasión se ha apoderado del segundo, y a menudo ha desatendido o desviado el primero» (ídem).

En esta misma obra, *De la propiedad capitalista a la propiedad humana*, revisa Mounier el problema de la propiedad en relación con la persona y con el Estado y le dice “no al Estado propietario”. El Estado debe quedar, esencialmente, como un legislador, un árbitro y un protector de las personas, así como de las comunidades orgánicas contra la anarquía individual (p.548).

Es de hacer notar que estas condiciones trazadas por Mounier respecto al derecho de propiedad y su función social han tenido su repercusión en leyes de distintos países. En Venezuela, por ejemplo, ya la Constitución de 1961 garantizaba el derecho de propiedad, pero establecía que «en virtud de su función social la propiedad estará sometida a las contribuciones, restricciones y obligaciones que establezca la ley con fines de utilidad pública o de interés general». En el mismo sentido se pronuncia la actual Constitución vigente desde 1999.

5. Paz y pacifismo

En su libro *Los cristianos ante el problema de la paz*, sostiene Mounier que no habría tantas discusiones en torno a la paz si la palabra «no tuviera contenidos tan diferentes según la boca que la pronuncia» (p.909). De este modo: «Paz significa hoy para la mayoría de las mentes ausencia de *guerra armada*. Munich ha salvado la paz quiere decir: los fusiles no han disparado (...) ¿Acaso puede llamarse paz a este silencio erizado de odio?» (Ídem). Se refiere en este caso a los “Acuerdos de Munich”, en 1938, en que los jefes de gobierno italiano, británico y francés

cedieron a las presiones del dominio alemán, produciendo un “apaciguamiento” que aplazaría durante un año la Segunda Guerra Mundial.

Mounier discute con firmeza al pacifismo que se desarrolló a partir de la I Guerra Mundial. Después de haber comprobado los horrores de la guerra, la exigencia de paz no se tradujo en una acción categórica y comprometida, sino en un pacifismo de rostro afable, de sentimientos loables pero carentes de operatividad. Es un pacifismo blandengue, desprovisto de valentía, evasivo y recluso en grupos de opinión que hablan de la paz pero sin intentar construirla con carácter enérgico y decidido. La paz es algo que otros traerán. Y se sientan a verla llegar como simples espectadores. Unido además este pacifismo a un fuerte apoliticismo, “encubridor del desorden establecido”¹⁹, sin atender a que «el rechazo de lo político es la peor de las políticas, la deserción cívica es un crimen» (RPC, p. 165). Lo político no es un fin en sí mismo, pero es una técnica, un medio, para fines: el fin es el hombre.

Según Aranguren, este modelo de pacifismo es típico de los que adoptan como máxima de su existencia la tranquilidad, «el miedo a vivir y el miedo a morir impide cualquier tipo de entrega y compromiso. Es el pacifismo de los satisfechos, temerosos y dóciles que, instalados en la mediocridad, sólo pueden construir la Ciudad de los prudentes, ciudad de almas muertas y de seguridades viles, como subraya Mounier»²⁰. Para Mounier, por el contrario, el verdadero pacifismo es el que se funda en el temple de alma, en la fuerza del compromiso, que es la dimensión constitutiva de la persona. Un auténtico pacifista es aquel que convierte a la paz en una tarea de cada día. Pues la paz, así como la libertad, no está hecha. Ambas son una conquista del hombre mediante sus propias fuerzas. No obstante, la ambigüedad prolifera en torno al concepto de *paz*, señala Mounier. ¿Paz es ausencia de guerra?, pero no hay guerra y sin embargo las fábricas retumban aceleradas en la producción de armamentos, cada cual prepara sus movimientos, unos hombres son explotados y otros son perseguidos, «el tumulto de las reivindicaciones y de los intereses abre el camino al tumulto de las armas»²¹. La paz aparente es un mal espiritualmente equivalente al mal de la guerra, sostiene Mounier. Por eso se niega «a dar el nombre de paz a la simple inexistencia de guerra o de derramamientos de sangre»²².

¹⁹ Cf. L. A. Aranguren Gonzalo. <http://www.mercaba.org/DicPC/P/pacifismo.htm>

²⁰ Aranguren, *ibidem*.

²¹ Mounier, *Los cristianos ante el problema de la paz*, p. 903.

²² Mounier, *ibidem*, p. 914.

Algunas personas sentimentales, añade él, se persuaden de que cuanto más pura es una idea menos recursos tiene para su realización, «y hacen pasar bajo el pretexto de pasividad contemplativa, del renunciamiento, de la inefabilidad mística, su amor a la vaguedad y a la desenergización de su vida espiritual». Especialmente, «tienen afición de hablar hindú», de acuerdo —dice Mounier—, hablemos hindú y oigamos entonces las palabras de Gandhi sobre la no violencia:

«Allí donde no hay más opción que entre cobardía y violencia, yo aconsejaré la violencia. . . Yo cultivo el coraje, tranquilo de morir sin matar. Pero quien no tenga ese coraje, yo deseo que cultive el arte de matar y ser matado antes que huir vergonzosamente de ese peligro. . . Yo arriesgaría mil veces la violencia antes que la castración de una raza»²³.

La victoria sobre el miedo «es una de las cuatro condiciones de la resistencia no violenta de Gandhi, la captación consciente de la ley del sufrimiento es el resorte de la misma» (RPC, p. 354). Así pues, «los que cuentan con la metafísica para abrir un refugio a su cobardía que vayan a la escuela de la no-violencia».

Hemos dicho, sostiene Mounier, que «la paz sólo podría consolidarse por obra de la interioridad de nuestros corazones. ¿Es, pues, que depende únicamente del perfeccionamiento individual?»²⁴. Este mundo es un mundo sólido, un mundo duro, y nuestra condición en él «nos prohíbe actuar como si la fuerza bruta estuviese ausente del juego de los hombres»²⁵. Siguiendo este hilo de pensamiento, expondrá después en *Qué es el personalismo*:

«Si toda acción nos inserta en un mundo de datos preexistentes, nunca existe pureza en la acción. Todas las situaciones son situaciones impuras, mezcladas, ambiguas, y de hecho desgarradoras. Querer actuar sin abandonar principios o sin ensuciarse las manos revela una contradicción en los términos» (p. 47).

Esta afirmación de Mounier ha dado mucho que hacer a sus apologistas, que la encuentran discordante con la esencia de su doctrina. Así, el editor de *Qué es el personalismo*, en una nota pie de página alega que: es una frase ambigua y

²³ *Ibidem*, p. 914. También cita Mounier estas mismas palabras de Gandhi en *Revolución personalista y comunitaria*.

²⁴ *Ibidem*, p. 922

²⁵ *Ibid.*, p. 914

desacertada, porque «el autor no ha desarrollado el tema» y se ha prestado «a deducciones que no están tal vez en la línea fundamental de su pensamiento (...) pues desde el punto de vista de la ortodoxia cristiana los principios no pueden abandonarse jamás en la acción» (p.47). Al respecto, hay que recordar que Mounier afirma ciertamente que sus posiciones son de *inspiración cristiana*, pero su doctrina es un pensamiento sobre el hombre en el mundo (y no precisamente una teología de salvación extraterrena), «un mundo en el que predominan la astucia y la brutalidad de la fuerza» (RPC, p. 362). Es la salvación del hombre aquí y ahora, en la construcción de un mundo más humano. Pero aún más, esta afirmación en cuestión, está en el libro ya citado, publicado en 1947, en la postguerra, y no percibimos incoherencia con sus posiciones sobre ese tema en sus obras de preguerra, especialmente en sus libros *Revolución personalista y comunitaria* y *Los cristianos ante el problema de la paz*, como veremos a continuación.

A la pregunta por la paz responde Mounier en *Los cristianos ante el problema de la paz*: «La primera verdad de nuestro pacifismo es que la paz no es un estado de debilidad, sino el estado de fortaleza que requiere de nosotros el máximo de desprendimiento, de esfuerzo y de riesgo» (p. 922). La paz es la plena realización de la fuerza (RCP, p. 359), no es un estado débil en el que el hombre renuncie. «La paz es la fuerza». Pero, ¿de qué fuerza nos habla en este caso? De la tensión física, sí, pero penetrada de prudencia, de templanza y de justicia, que está más en la generosidad y la perseverancia que en la agresividad y el ataque (RCP, p. 358). Es la fuerza moral, que sólo puede existir en la unión indisoluble de cuerpo y alma²⁶. Esa fuerza que no tiene medida en la intensidad sino en el valor de aquello a lo que sirve (Ib. 359). Es de esa fuerza de la cual «las almas sensibles pueden hacerse una armadura de resistencia y de vigor en vez de soñar con un mundo infinitamente dulce y hacer proyectos de buen tiempo en medio de la tempestad» (Ib., p. 363). Y señala a continuación:

«Demasiados idealistas, demasiados pacifistas, demasiadas almas hermosas y demasiados corazones nobles han hecho de lo espiritual una residencia de jubilados para los diversos tipos de reumáticos que produce la vida. Al primer dolor se da un salto a lo ideal, y en compañía de todos los grandes espíritus de todos los siglos y de su llama,

²⁶ Es importante señalar que, para Mounier, cuerpo y alma o cuerpo y espíritu componen una misma realidad. «No hay para el hombre vida del alma separada de la vida del cuerpo». (*Qué es el personalismo*, p. 509 y 110). Más adelante expone: «el hombre interior sólo se mantiene derecho con el apoyo del hombre exterior, el hombre exterior solo se mantiene derecho por la fuerza del hombre interior» (Ib., p. (116).

reducidos al estado de fantasmas morales, se fabrican una triple y santa coraza de suavidad contra la misión propia del hombre» (ídem).

6. El personalismo comunitario ¿una utopía?

Según el Profesor Andrés Suzzarini, el concepto de utopía se forma a principios del siglo XVI con la obra de Tomás Moro *Utopía*, publicada en 1516. La palabra misma, *utopía*, creación del autor por derivación del griego οὐ (no)-τόπος (lugar), significaría *lo que no se encuentra en ningún lugar*²⁷. «Posteriormente ha sido aplicado el nombre de utopía a otras tentativas análogas, consideradas siempre como de difícil o imposible realización, incluyendo también las anteriores, como la planteada en la *República* de Platón que vendría a ser la precursora e inspiradora de todas las utopías conocidas en la actualidad»²⁸. Afirmar Suzzarini que «el carácter más definitorio y principal de una utopía es la necesidad de ofrecer un modelo alternativo de sociedad frente a otra que se sostiene sobre males sociales existentes. Por ello las preguntas fundamentales de la utopía vienen a ser cuál es el origen de los males sociales y cuál o cuáles son los remedios para ellos»²⁹. En este sentido, aunque Mounier no presenta un ‘modelo’ en el estricto significado de la palabra —como el de Platón o el de Moro—, sí identifica cuál es el origen de los males sociales y aporta los ‘remedios’ para ellos. Entonces, en el sentido indicado, el personalismo comunitario de Mounier podría catalogarse como una utopía, cuya posibilidad de realización dependerá del grado de conciencia y fortaleza moral de quienes aspiran a una vida mejor, en concordancia con la dignidad espiritual de la persona, en donde ésta, en términos kantianos, sea un fin en sí misma y no un simple medio o instrumento para los intereses de un grupo, de un partido o del Estado.

²⁷ Cf. Suzzarini, Andrés, *Una aproximación al concepto de utopía*, Revista Dikaiosyne N° 24. ULA. 2010.

²⁸ *Ibidem*.

²⁹ *Ibidem*.

BIBLIOGRAFÍA

Mounier, Emmanuel. *Obras Completas*. Tomo I. Traducción: Enrique Molina y Julio González Campos. Editorial Laia, Barcelona, 1974.

Mounier, Emmanuel. *Obras Completas*. Tomo I. Editorial Sígueme, Salamanca, 1992.

Mounier, Emmanuel. *Qué es el personalismo*. Traducción de Edgar Ruffo. Ediciones Criterio. Buenos Aires, 1956.

Mounier, Emmanuel. *El afrontamiento cristiano*. Trad. de Luis Izquierdo. Editorial Estela. Barcelona, 1962.

Otros autores

Bergson, H. *Obras Escogidas* Editorial, Aguilar, España, 1927

Coll-vinent, R. *Mounier y El Desorden Establecido*. Editorial Península, Barcelona, 1968.

Colombo, Arturo. *Ideas políticas y sociedad*. Ediciones Mensajero. Bilbao, España, 1972.

Copleston, F. *Filosofía Contemporánea*, Editorial Herder, Barcelona, 1959.

Díaz, Carlos. *Comunitarismo y Personalismo Comunitario*, Editorial Fundación Emmanuel Mounier, Madrid, 1990.

Díaz, Carlos. *Las figuras del personalismo*. Editorial Fundación Emmanuel Mounier, Madrid, 2006.

Díaz, Carlos. *Emmanuel Mounier Inédito*. Instituto Emmanuel Mounier. Madrid, 1991.

Díaz, Carlos. *Mi encuentro con el personalismo comunitario*. Fundación Emmanuel Mounier. Madrid, 2004,

Domenach, J. *Emmanuel Mounier*, Editorial Nova Terra, Barcelona, 1969.

Domenach, J. *Dimensiones del Personalismo*. Editorial Nova Terra, Barcelona, 1969.

Jolivet, R. *Las doctrinas existencialistas desde Kierkegaard a J.P. Sartre*, Editorial Gredos, Madrid, 1970.

Kant, Emmanuel. *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. Traducción de García Morente. 6ª ed., Madrid, Espasa-Calpe, 1980.

Moix, C. *El Pensamiento de Emmanuel Mounier*, Editorial Estela, Barcelona España, 1964.

Prini, P. *Historia del Existencialismo*. Editorial Herder, Barcelona, España, 1992.

Sáez, L. *Movimientos Filosóficos Actuales*. Editorial Trotta, Buenos Aires, 2000.

Urdanoz, T. *Historia de la Filosofía*, Editorial Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid, 1984.

Vela, F. *Emmanuel Mounier, Introducción a los existencialismos*, Editorial Occidente. Madrid, 1951.

